

“La mirada en psicoanálisis”

María Alejandra Pérez Burgos

Estudiante del Programa de Psicología

Universidad Mariana

Para el psicoanálisis, la visión no es la mirada porque la operación de la vista entraña la experiencia palpebral que va del sujeto a la cosa, o como mejor lo diría Jacques Lacan, de ‘la imagen fálica que habita en nosotros a la imagen neta del objeto’. (Marín, 2015, p. 96)

Según la lectura, se podría decir que la visión es un constructo de ver y mirar, son un binomio que se complementa, sin embargo, tienen como fin dos cosas totalmente diferentes. Ver es objetivo, parte de observar las cosas tal y como son, podría decirse que ver es algo universal, mientras que mirar va mucho más allá de eso, significa capturar las cosas con más detalle, parte desde el inconsciente y es subjetivo, ya que depende del enfoque o pulsión que tenga cada persona sobre el objeto.

Si hablamos desde la teoría lingüística de Saussure, al mirar la realidad desde el significado y el significante, se puede encontrar una relación entre ver y mirar, ya que el significado describe la palabra como tal, el objeto, mientras que el significante se forma de la imagen mental percibida, creada por el inconsciente, y dependiendo de los estímulos de la realidad siempre van a ser diferentes, debido a que esta es la construcción de la subjetividad, por lo tanto, el significante se vuelve polisémico.

Por otra parte, Lacan, quien parte de la teoría de Freud, manifiesta que la mente solamente se construye a partir de los estímulos externos, hace un inicio a la realidad, luego, esta se transforma en lo simbólico e imaginario, siendo esta la realidad final, pero como cada percepción es diferente, las cosas pueden comenzar a manipularse, por ejemplo, ¿cómo el psicólogo verifica la realidad de lo expresado por el paciente conscientemente? El profesional capta inmediatamente lo perceptible, las imágenes proyectadas, sin embargo, hay un cúmulo de otros elementos que hay que tratar de unir para poder establecer la veracidad de una sintomatología; a partir de esto, se podría comenzar a hablar sobre los signos, señales y símbolos. El signo como

un indicador universal, algo general; la señal, como un indicador particular o no convencional, tiene un sentido y depende de una definición, mientras que el símbolo se convierte en algo subjetivo, es personal. De aquí parte la teoría del imaginario lacaniano o del *imagus*.

Ahora, relacionándolo con el mito o la alegoría de la caverna, se puede explicar desde la deconstrucción, en un campo binomio y ambivalente, en un dualismo, siendo cada uno un complemento a la diferencia, desde la episteme que hace referencia al saber, al conocimiento, a la verdad o certeza, y la *doxa* es lo contrario, refiere a la opinión, a la hipótesis o posible falsedad. Tomando una segunda dupla como el adentro (*doxa*) y el afuera (episteme) y la tercera dupla luz y oscuridad.

Al revisar la alegoría, se puede identificar que el mito es tomado como un símbolo, ya que este es universal. Al adentrarse en el desarrollo del mito, se identifica que los prisioneros se encuentran dentro de la caverna, están en una *doxa*, en donde se genera la hipótesis de una posible realidad, enmarcada por la percepción del entorno, el cual posee factores como la poca luz, generando sombras que no reflejan una realidad, además, la poca movilidad por estar encadenados, limitando su zona de conocimiento o episteme; todo esto refleja una hipótesis, la cual no posee la información necesaria para acercarse al desarrollo de una verdad, en este caso la *doxa*. Uno de los prisioneros logra salir de la cueva, expande su zona de conocimiento y enriquece su percepción del medio, siendo iluminado por una verdad alterna, generando un desarrollo de la hipótesis hacia una tesis. Pero este al querer iluminar a sus compañeros que aún se encuentran dentro de la cueva, no aceptan su teoría, por la falta de conocimiento, rechazando al "iluminado", generando temores y desaciertos, al no ser aceptada dicha realidad, la comunidad presenta resistencia al cambio y no se permiten salir de su zona de confort, finalmente, eliminan a su compañero.

En conclusión, se podría decir que el ser humano no debería limitarse a ver, sino ir mucho más allá de eso, para poder conocer las verdaderas realidades. Es fundamental para el psicoanalista poder mirar y evaluar tanto el entorno del medio como del paciente, ya que este complementa el acercamiento hacia un diagnóstico más real por medio de su lenguaje verbal y no verbal.

Mirar más allá permite obtener más conocimiento, de esta manera, el ser humano se puede convertir en un ser cambiante, dispuesto a la evolución y a la actualización.

Referencias

Marín, N. (2015). Ojo, mirada y pulsión: un recorrido metapsicológico freudiano. *Revista Affectio Societatis*, 12(22), 92-104. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/affectiosocietatis/article/view/21634>